

## LEYENDA CUARTA.

### MARGARITA LA TORNERA.

(TRADICION.)

#### INVOCACION.

¡Espíritu sublime y misterioso,  
Que del aire en los senos escondido  
Templas su voz, prestándole armonioso  
Eco gigante ó soñoliento ruido;  
Arcángel cuyo canto melodioso  
El orbe arrulla ante tus piés tendido,  
Inspira tú palabras á mi acento,  
Gratas como la música del viento!

Porque, ¿quién como tú me las daría?  
Tú, cuya voz dulcísima murmura  
En la quietud de la floresta umbría,  
Y del bosque salvaje en la espesura,  
Y en los gemidos de la mar bravía,  
Y en los murmullos de la sombra oscura,  
Y cuanto tiene inspiracion ó acento  
Tonos te pide para usar su aliento.

¿Quién como tú la inspiracion me diera  
Y la armonía celestial y santa,  
Y la robusta entonacion severa  
De que carece mi mortal garganta?  
Cruzar los lindes de tu azul esfera,  
Medir audaz la inmensidad que espanta  
No osará, no, mi pensamiento vano  
Sin el auxilio de tu santa mano.

Y tú, radiante y peregrina estrella,  
María, de los mundos soberana,  
Madre sin mancha, compasiva y bella,  
A quien adoro en ilusion lejana  
Cual faro santo que en mi fé destella.  
Mi voz perdona, si mi voz profana  
Osa hablar de tu amor, y tu hermosura  
Con lengua pobre, terrenal é impura.

Sé que mis ojos, inmortal Señora,  
La gloria manchan de tu faz divina;  
Indignos ¡oh celeste emperadora!  
Son de mirar tu sombra peregrina;  
No merece mi lengua pecadora  
Ser alfombra á tu planta cristalina;  
Mas deja al fin ¡oh luz de mi esperanza,  
Que alce un himno mi voz en tu alabanza!

¡Venid los que llorais! oid mi canto  
Los que creéis en la virtud y el cielo:  
Venid, almas transidas de quebranto,  
Venid á oirme y hallareis consuelo;  
Vereis lucir tras la tormenta oscura  
Un rayo de esperanza y de ventura.

#### I.

#### EL PADRE Y EL HIJO.

Dicen que en una ocasion  
(El año no hace á la esencia  
Del hecho) habia en Palencia  
Un tal don Juan de Alarcon.

No era de Palencia el tal,  
Mas su padre residia  
Allí, porque allí tenia  
Crecidísimo caudal.

Gil, era el nombre del padre,  
Viudo desque Juan vivió,  
Pues el muchacho nació  
Dando la muerte á su madre.

Adoraba el buen don Gil,  
En su hijo, y era don Juan  
El mancebo mas galan,  
Mas generoso y gentil

Que en Palencia se encontraba;  
Siempre de amigos cercado,  
Siempre de ellos festejado  
Puesto que él siempre pagaba.

Ello es cierto que por mas  
Que el padre le amonestó,  
Un libro jamas abrió,  
Ni oyó un maestro jamas.

Pero en cambio era el mejor  
Que habia en todo Palencia  
Para armar una pendencia  
O enmarañar un amor.

Arrinconaba á un maestro  
Tirando la espada negra,  
Y dicen que fué á Consuegra  
A desafiar á un diestro,

Y sacándole á reñir  
Matóle y tomó su dama,  
Con lo cual creció su fama  
Lo imposible de decir.

Iba, pues, todos los dias  
En auge, con sus estrañas  
Y turbulentas hazañas  
Hechas en las cercanías.

Pues aunque áspero de genio  
E indolente el tal don Juan,  
Era mozo muy galan  
Y de aventajado ingenio.

Cada noche andaba en vela  
Por una nueva beldad,  
Y daba gozo en verdad  
Verle tocar la vihuela.

Cantaba que era delicia,  
Y sabia centenares  
De endechas y de cantares  
Que rebosaban malicia.

Y tan jóven, tan apuesto,  
Tan bello y con fama tal,  
Dueño de tan buen caudal  
Y á cualquier lance dispuesto,

Era en todos los partidos  
Entre rondas y querellas,  
El cucú de las doncellas  
Y el coco de los maridos.

Que no hay una cuya reja  
A su reclamo no se abra,  
Ni le esquivé una palabra  
Dicha de paso á la oreja.

No hay casado cuyo sueño  
Su voz no turbe ó asombre,  
Ni marido que á su nombre  
No frunza un tantito el ceño.

Y el buen don Gil que sabia  
Las proezas de su hijo,  
Le amonestaba prolijo  
Cada noche y cada dia.

Mas él seguía sin tino  
Dando brida á sus locuras,  
Y diciendo "que aventuras  
Buscar, era su destino."

Envióle á Valladolid,  
Mas fué en la universidad

De rebeldes capataz  
Y de zambras adalid.

El fué haciendo mil papeles  
En rondas y francachelas,  
El alma de las vihuelas  
Y el terror de los bedeles.

Y causador de las bullas  
Y arrestos estudiantiles,  
Azotó á los alguaciles  
Y acuchilló las patrullas.

Quisose usar de rigor  
Con él, y sentó tan mal,  
Que un dia en la catedral  
Se agarró con un doctor.

Tomaron otros la injuria  
Tan á pechos, que cerraron  
Sus cátedras, y aun hablaron  
De don Juan con harta furia;

Mas sus palabras contadas  
Ante él, en un claustro pleno  
Presentóse, y lo hizo bueno  
Con muchos á bofetadas.

Un canónigo muy viejo  
Pariente suyo le dió  
Quejas, á que el respondió  
Con insolente despejo:

"Que tenia el alma seca  
De hablar de legislacion,  
Y que sentia intencion  
De quemar la biblioteca."

En fin, no hallando mas medio  
De estar en seguridad,  
Mandaron que la ciudad  
Despejara sin remedio.

El decidió resistir  
La orden cuanto pudiera,  
Pero tan precisa era  
Que al fin fué fuerza partir.

Salió, sí, de la ciudad,  
Pero á caballo y de dia,  
Con tal pompa y osadía,  
Que fué escándalo en verdad.

Volvióse á Palencia, pues,  
Y en su caballo mejor  
Entró cual conquistador  
La misma tarde á las tres.

Recibióle el buen don Gil  
Irritado y con razon;  
Pidióle el mozo perdon,  
Culpó su ardor juvenil,

Pintóse muy ultrajado  
Por la estudiantil canalla,  
E hizo justa la batalla  
A que le habian provocado.

Forjó un enredo chistoso  
Con el rector y una moza  
Que vino de Zaragoza  
Con oficio no piadoso;

Y contó tan peregrinos  
Lances de entrambos, que el viejo  
Tuvo por mejor consejo  
Reirle sus desatinos.

Y como era de pensar



Tras tan esótica risa,  
Diéronse ambos buena prisa  
Lo pasado en olvidar.

Tornóle el padre á sus brazos  
Y perdonó en conclusion,  
Que al cabo los hijos son  
De las entrañas pedazos.

Tornó á ser, pues, lo que era;  
Y quedaron finalmente,  
El padre tan indulgente,  
Y el hijo tan calavera.

Viven el padre y el hijo  
Frente por frente á unas monjas  
Que un esquilon les repican  
Dos veces en cada hora.  
Don Gil, que es hombre devoto  
Y acosado de la gota,  
De tal vecindad se alegra,  
Mas de ella don Juan se enoja.  
Dice el padre: "aquí tenemos  
Misa, jubileo y honras,  
Pláticas y ejemplos santos,  
Que al cabo jamas estorban."  
Dice el hijo: "¿Qué demonio!  
Es una calle tan sola. . . .  
No hay en toda ella una reja  
Util ni á cita ni á ronda."  
Dice el padre: "esas benditas  
Están ganando la gloria  
Y encomendando al Eterno  
Sus vecinos. . . . ¡El las oiga!"  
Dice el hijo: "esas mujeres  
Se están como unas marmotas  
Toda su vida encerradas,  
¡Vaya una aprension diabólica!"  
Dice el padre: "el capellan,  
Que es doctísima persona,  
Me tiene continuamente  
Conversaciones sabrosas."  
Dice el hijo, "así á lo menos  
Hubiera una buena moza  
A quien decir cuatro flores. . . .!  
Serán unos cocos todas."  
Y el padre: "nada me falta  
Para una vejez dichosa  
La iglesia y la plaza cerca,  
Casa y rentas que me sobran."  
Y dice el hijo: "por último,  
Haremos una intentona,  
A ver si las enjauladas  
Son lechuzas ó palomas."  
Y así el padre y así el hijo  
Distintos proyectos forman,  
Aquel con sus devociones  
Y estotro con sus devotas.  
Don Gil reza y oye misas  
Tres ó cuatro, una tras otra,  
Y don Juan acecha atento  
La morada misteriosa.  
Va de continuo á la iglesia  
Y al pié del coro se aposta,  
Troneras y celosías

De día y de noche ronda.  
Mas ni vé ni alcanza nada,  
Pues entre verjas y tocas,  
Todas son blancas visiones  
Que á lo lejos se evaporan.  
Si llama al torno.—; *Deo gratias!*  
Responde dentro gangosa  
Una voz que huele á vieja  
Y suena á campana rota.  
El, pide agua del algibe,  
Y escupalarios y tortas,  
Por echar una puntada  
Sobre si hay muchas ó pocas  
Madres ancianas ó jóvenes,  
Y por mas que á la rectora  
Alaba, y á las novicias,  
Y á la que el órgano toca,  
Y á las que cantan en coro,  
Y á la salmista que entona,  
Y hasta á la vieja beata  
Que afuera pide limosna,  
Es inútil su destreza,  
Nada adelanta ni logra,  
Siempre á sacar viene en limpio  
Noticias que no le importan:  
La novena de Santa Ana,  
El sermón del padre Acosta,  
La nueva casulla verde,  
La falda de Santa Rosa,  
Cosas de que gusta el padre  
Que es viejo y que tiene gota,  
Pero que al hijo concluyen  
Por remontarle la cólera.  
Y al cabo sale diciendo:  
*¡Bruja condenada y chocha,  
Que nunca responde acorde  
Ni dice cosa con cosa!*  
Desistió, pues, del empeño  
Mas fué temporada corta,  
Merced á un nuevo incidente  
Que al cabo picó en historia.  
Llevóle su padre á misa  
Un día casi á la aurora:  
Ya habia en la iglesia gente  
Aunque soñolenta y poca.  
Oraba el padre de hinojos  
En un pico de la alfombra  
Que disimulaba en parte  
La humedad de las baldosas,  
Y él recostado en las verjas  
Del coro, en dulces memorias  
Dejaba vagar perdida  
Al ánimo irreligiosa.  
Ya sonreía afectado  
Por ideas seductoras,  
Ya el entrecejo fruncía  
Por negros recuerdos de otras.  
Y tan absorto se hallaba  
Con sus visiones gloriosas,  
Que ya alzaba el sacerdote  
La sacratísima forma,  
Y él sin bajarse á adorarla,  
En su quietud silenciosa

Continuaba con escándalo  
Del pueblo que cree y adora.  
Y á la verdad que no era  
Culpa enteramente propia,  
Pues parte habria del diablo  
La malicia tentadora.  
Ello es que él á sus espaldas  
Sintió señal cautelosa  
Que le arrancó de sus vanas  
Visiones encantadoras,  
Y una voz que le decia,  
Limpia, argentina y sonora:  
*De rodillas, caballero,  
Que están alzando la hostia.*  
Y él advertido y curioso  
De hinojos cayó en las losas,  
Pero volviendo la cara  
Al maestro de ceremonias.  
Era el tal una monjita,  
Que al notar la codiciosa  
Mirada del mozo en ella,  
De rubor se puso roja,  
Bajó los ojos al suelo,  
Sobre el pecho vergonzosa  
Dobló la cerviz, y humilde  
Tocó la tierra y besóla.

Mas encontrando al alzarse  
La mirada abrasadora  
Del mozo, clavada en ella,  
Levantóse presurosa.  
Don Juan advirtiendo astuto  
Que se iba y que estaba sola,  
Asió la ocasion propicia,  
Y á devanecerse pronta;  
—; Chist! La dijo, con la mano  
Llamándola: Hermana, oiga  
Una palabra.

LA MONJA.

¿Qué quiere?

DON JUAN.

¿Sois tal vez la superiora?

LA MONJA.

¡Yo, señor! soy la tornera.

DON JUAN.

¡La tornera! sois muy docta  
Para oficio tan servil  
Y diestra remedadora  
De acentos, pues respondeis  
*¡Deo gratias!* . . . tan temblorosa,  
Que mas parece que vuestra,  
La voz de una setentona.

LA MONJA.

Ved que decís, caballero,  
Que yo no he sido hasta ahora  
Tornera, y lo soy este año  
Por muerte de Sor Leoncia!

DON JUAN.

¿Murió la pobre?

LA MONJA.

Murió.

Mas mirad que se prolonga  
La conversacion y . . . .

DON JUAN.

Es cierto:

Si fuerais vos . . . .

LA MONJA.

Servidora

Vuestra.

DON JUAN.

Callada y prudente . . . .

LA MONJA.

Cuando la prudencia importa.  
Yo soy obediente y . . . .

DON JUAN.

¡Bueno!

Si no desplegaís la boca,  
Yo os prefiero á la abadesa.

LA MONJA.

No hay abadesa, es priora.

DON JUAN.

A la priora, es lo mismo,  
Para hablaros de una cosa,  
De un secreto que interesa.

LA MONJA.

¡Secreto!

DON JUAN.

A la mayor honra  
Y gloria de Dios, y vuestra.

LA MONJA.

¿Mia?

DON JUAN.

Pues, y de las monjas.

LA MONJA.

Decídmelo.

DON JUAN.

Es imposible.

Despacio ha de ser y á solas,  
Y pronto, pues urge mucho.

LA MONJA.

¡Ay Dios!

DON JUAN.

¡Eso es! ya medrosa

Vais á publicarlo todo  
Y vais . . . vaya ¡teneis hora  
En que poder escucharme?  
Porque es fuerza que persona  
De la casa me segunde  
La intencion.

LA MONJA.

Como no escoja

La de maitines . . . .

DON JUAN.

¿De noche?

Mejor es que ninguna otra.  
¿Y en dónde os veré?



LA MONJA.

En la reja  
De esa capilla; me toca,  
Velar esta noche.

DON JUAN.

¡Bueno!  
No falteis.

LA MONJA.

Estaré pronta.  
En oyendo la campana....

DON JUAN.

Sí, mi casa está muy próxima.  
La oigo bien.

LA MONJA.

Pues hasta luego

DON JUAN.

Adios, hermana... y memoria....

Salió la monja del coro;  
Don Gil con su pierna coja,  
Salió acabada la misa,  
Y don Juan, el alma loca  
De gozo, atisbó la reja  
Citada, y buena juzgóla  
Para el caso, en sí diciendo:  
*¡La niña ¡he! si será tonta?*

## II.

## INSENSATEZ Y MALICIA.

La media noche era dada,  
Y aun tocaban á maitines  
Los esquilonos agudos  
Con discordante repique,  
Cuando D. Juan de Alarcon,  
Dichoso en amor y lides,  
Tomaba punto en la calle,  
Despreciando la molicie  
De la cama, y sin cuidar  
De que en el vulgo le tilden  
La ronda, si se descubre  
O hay lance que la complique,  
Largo y toledano acero  
Bajo la capa se ciñe,  
Por sí salen á campaña  
Curiosos ó ministriles.  
Por lo demas, su disfraz  
Maldito lo que le aflige.  
Solo de su ropa y cara  
En todos lances se sirve,  
Pues no le importa que nadie  
Le conozca, ni le mire  
Por donde quiera que vaya,  
Pase, espere, oiga ó platique.  
Por consiguiente D. Juan  
Impertérrito prosigue  
Esperando que la reja  
O se ocupe ó se ilumine.  
Y está la noche á propósito,

Pues pardas nubes impiden  
A la encapotada luna  
Que en toda su fuerza brille.  
De modo, que siendo á un tiempo  
Clara y nublada, despide  
Luz para quien luz desea,  
Sombra para quien la pide.  
Todo en Palencia reposa  
Que es ciudad pobre aunque insigne,  
Y alberga de labradores  
Gran parte y de gente humilde,  
Y es fuerza que pues madrugan  
Largas horas no vigilen.  
Ni pasos, pues, ni rumores  
De vivientes se perciben;  
Oyese solo del aire  
El son prolongado y triste  
Y el ladrido de los perros  
Que ecos lejanos repiten.  
Suenan á lo lejos el órgano,  
Y vienen á confundirse  
Con sus cláusulas calientes,  
Las ráfagas invisibles  
Que de las torres perdidas  
En los calados sutiles  
Murmuran, silban, ó zumban,  
Chillan, retumban ó gimen.  
Horas medrosas son estas  
En que la mente concibe  
Larga tumba de fantasmas  
Que estorban aunque no existen.  
Horas que para sus juntas  
Los espíritus eligen,  
Y el vulgo para sus cuentos  
De apariciones y crímenes.

Mas sin acordarse de ellas  
Con ánimo osado y firme,  
Aunque de aguardar cansado,  
Y casi tentado á irse,  
De arriba abajo D. Juan  
La calle embozado maide  
A la sombra de las tapias,  
Y al compás de los maitines.  
Y ya en el centro del claustro  
Cesado habian de oirse  
Tiempo hacia, y ya el mancebo  
Renegaba de la estirpe  
De la tornera, y de todas  
Las monjas que á coro asisten  
En el mundo, cuando á espacio  
Siente la ventana abrirse,  
Y en la oscuridad confusa  
Haciendo vista de lince  
Un vago contorno blanco  
Tras de los hierros percibe.

DON JUAN.

Hermana, ¡gracias á Dios!  
Mas de una hora me tuvisteis  
De planton, ¡Dios os lo premie!

LA MONJA.

¡Tardé mucho?

DON JUAN.

(Vaya un chiste).  
No hay para qué hablar ya de ello  
Puesto que al cabo venisteis.

LA MONJA.

¿Sabe lo que digo, hermano?

DON JUAN.

No, hermana, si no lo dice.

LA MONJA.

Direlo: cuando muchacha  
Leí unos libros que escribe  
Un tal Quevedo, que tienen  
A fé mia mucho chiste,  
Y hay un lance en uno de ellos  
Tan bonito... y que á decirle  
Verdad se parece tanto  
A esta noche....!

DON JUAN.

¿En qué, mi Filis?

LA MONJA.

En que hay un mozo en la calle  
Que sois vos, y viene á oírle  
Una mujer, que soy yo, y...  
Pero antes que se me olvide  
Mirad, Filis no me llamo  
Sino Margarita.

DON JUAN.

¡Miren  
Que nombre tiene tan lindo  
La hermana!

LA MONJA.

¿Os gusta?

DON JUAN.

Indecible  
Gozo me da vuestro nombre,  
Y admiro que signifique  
Una cosa tan preciosa  
Como quien le usa y recibe.

LA MONJA.

¿Gasta lisonjas, hermano?  
Mas soy curiosa, decidme  
¿Y Filis qué significa?  
Que ha poco me lo dijisteis.

DON JUAN.

Esa es una pastorcilla  
Muy bonita, de unos quince  
Años, con dos ojos negros  
Que en luz con el sol compiten,  
Y con un cutis mas blanco  
Que las plumas de los cisnes,  
Con un cuerpo mas esbelto  
Que una palma, y mas flexible  
Que los juncos olorosos  
Que en el agua echan raíces,  
Y con dos manos mas bellas  
Que el nácar y los jazmines.

LA MONJA.

¿Y dónde está esa muchacha?

DON JUAN.

Es una niña invisible  
Que en la idea solamente  
De los poetas ecsiste.

LA MONJA.

¿Y qué tengo yo que ver  
Con Filis?

DON JUAN.

¿Nunca os pusisteis  
Delante de algun espejo?

MARGARITA.

Sí por cierto.

DON JUAN.

Y la visible  
Apariencia del cristal  
¿Qué os mostró?

MARGARITA.

No es muy difícil  
De decir, era otra yo,  
Otra monja.

DON JUAN.

¿Mas no visteis,  
Que era una monja muy bella  
Aunque estaba un poco triste?

MARGARITA.

¡Calla! es verdad que lo estaba.

DON JUAN.

Y sin los frescos matices  
De un rostro tan joven!

MARGARITA.

¡Vaya!

DON JUAN.

Y ojerosa, y ¿no os hicisteis  
Cargo de lo mal que la iban  
Aquellos mil arrequives,  
De tocas y de sayales,  
Y de mantos, que la impiden  
Mostrar el cuello de tórtola,  
El alto pecho de cisne,  
Y los tornátiles brazos,  
Y las madejas sutiles  
De los sedosos cabellos  
Que para nada la sirven?

MARGARITA.

Hermano, ¡Jesus mil veces!  
Jesus que cosas me dice  
Tan peligrosas, empiece  
Lo que tenga que advertirme  
Del secreto.

DON JUAN.

(Pobrecilla)  
Pues bien, Margarita, oidme.  
Si conociérais un hombre,  
Como allá dentro os lo finge  
Vuestra mente, osado, joven,  
Cariñoso, irresistible,  
y os dijeran que en el mundo  
Pasan sucesos horribles,  
Guerras y persecuciones,



Muertes é incendios á miles  
Cometidos por contrarios  
Victoriosos é invencibles,  
Que demuelen las iglesias,  
Y se teme que se avisten  
Dentro de poco en Palencia  
Y á todos nos aniquilen:  
Y ese mancebo os dijera,  
Ven, es forzoso seguirme,  
Yo solo puedo salvarte,  
Yo te amo! ¿osarias seguirle?

MARGARITA.

¡Dios mio!

DON JUAN.

Si ese os dijera  
Yo sé un lugar infalible,  
Donde sin guerras ni duelos  
Y sin afares se vive  
Con compañeros alegres,  
Entre danzas y festines  
Prolongados en la noche  
Con funciones y con brindis.  
Y yo soy dueño absoluto  
De esos lugares felices,  
Y tú ¡Margarita mia!  
¡Luz de mis ojos! tú triste  
En la soledad consumes  
Tus auroras juveniles,  
Tus olvidados encantos....  
¡Oh alma mia! presto sigueme;  
Ven, huyamos amor mio,  
Huyamos de esos confines  
Donde la muerte te aguarda  
Y la desdicha reside;  
¿Qué diriais?

MARGARITA.

¡Ay, hermano,  
No sé que me dá!... decidme  
¿Todo eso es cierto?

DON JUAN.

Muy cierto,  
Pero secreto imposible  
De revelar, porque todos  
Quiere que todos peligran  
Al mismo tiempo y sucumban,  
Y á quien lo sabe persiguen  
Con tormentos y castigos;  
Con que hermana, por terrible  
Que sea la tentacion  
De hablar, como la resiste  
Vea, porque si lo cuenta  
Tal vez su vida peligre!

MARGARITA.

¡Ay, Virgen santa!

DON JUAN.

Y la aviso  
Que si á mi razon se rinde  
Yo la sacaré del claustro  
Antes que el mal se aproxime.

MARGARITA.

¡Ay, sí, sí!

DON JUAN.

¿Consiente en ello?

MARGARITA.

Si por cierto.

DON JUAN.

¿Y será firme

En resolucion tamaña?

MARGARITA.

Qué si seré?—Dios me libre  
¡Morir así entre las manos  
Sangrientas de esos caribes  
Que decís!

DON JUAN.

Pensadlo á solas

Y entraos, no nos atisben  
Y nos frustren el intento;  
Adios, hermana.

MARGARITA.

El os guie

Y os acompañe.

DON JUAN.

¡Ea, adios!

Y si estais pronta á seguirme,  
Yo os quiero mucho, y con tiempo  
Salvaros no es muy difícil.

MARGARITA.

Adios.

DON JUAN.

Adios.

Y á la reja  
Echó los cerrojos triples  
La monja, y empezó el mozo  
A todo trapo á reirse.

Abrió al fin y entró en su casa  
Con llavin de que él se sirve;  
Acostóse, y rebujándose  
La ropa hasta las narices  
Apagó la luz, diciendo:  
"Pues señor, bien: muchas hice,  
"Mas vive Dios que esta última  
"Será tal que me acredite."

## III.

## TENTACION.

Aun no cuenta Margarita  
Diez y siete primaveras;  
Y aun vírgen á las primeras  
Impresiones del amor,  
Nunca la dicha supuso  
Fuera de su pobre estancia,  
Tratada desde la infancia  
Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles  
Desconocidos y avaros,  
Compró la infeliz muy caros  
Los gustos de su niñez.  
Y al cabo tornóse en humo  
Y en soledad para ella  
La vida futura y bella  
Que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta  
Cuando en el mundo vivia,  
Solo del mundo veia  
La calle tras un cancel:  
Y no alcanzó, de su casa  
Fuera del triste recinto  
El mágico laberinto  
Que se estendia tras él.

Jamas pensó que las flores  
Que sus jardines criaran,  
Los salones perfumaran  
Preparados al festin;  
Jamas pensó que las noches  
Que ella pasaba en su lecho  
Tuvieran bajo otro techo  
Mas delicioso otro fin.

Que las danzas bulliciosas,  
Las alegres serenatas,  
Las mil quimeras dichosas  
De la alegre sociedad,  
Aun no habian en tumulto  
Ido á tender en sus sueños  
Los dos lazos halagüeños  
De amor y de vanidad.

Amor! esa fantasia  
Vaporosa y encantada,  
Selva escondida, empapada  
De armonía y de placer;  
Santuario de la ventura,  
Magnífico paraiso,  
Donde ir vagando es preciso  
Tras un fantástico sér.

Un sér que huye y se engalana  
Con los colores de viento,  
Y se nos muestra un momento  
En fugitiva ilusion,  
Y un sér que á pocos contenta  
Cuando por fin alcanzado  
Deja el oropel prestado  
Y descubre el corazon.

¡Feliz quien halla en su centro  
Fresco pabellon tranquilo  
De reposo, y no dá asilo  
En él á la vanidad!  
La vanidad, luz fosfórica  
Que ilumina los espejos,  
Y causa con sus reflejos  
Del alma la ceguedad.

¡Inocente Margarita!  
Fugitiva mariposa,  
Que de esa luz engañosa  
En torno girando vas!  
Plega tus alas errantes,  
Y en tu inocencia dormida  
No pienses en otra vida  
Que te doraron quizas!

Mas ¡ay! que dulces palabras  
Sonaron en tus oidos,  
Y los deseos dormidos  
Se revelaron en pos.  
¡Ay! ¿por qué en el mundo vano  
A quien le da la inocencia,  
No le da la resistencia  
Para defenderse, Dios?

La vida hermosa se finge,  
Y aunque en ilusion escasa,  
Ya en impaciencia se abrasa  
De sentir y de gozar.  
Y no es temor á los males  
Que don Juan la profetiza;  
Es que el placer diviniza  
Y le adora á su pesar.

¡Pobre niña! Allá á sus solas  
Ciega por un mal consejo,  
Por vez primera un espejo,  
Elegió para su juez;  
Y recordó las palabras  
De un seductor insolente,  
Y recordó la inocente  
Los dias de su niñez.

Quando su madre á deshora  
De los festines volvia,  
Y entre sueños la veia  
Sus adornos deponer;  
Quando acaso desvelada  
Al son de los instrumentos,  
Sentia los aposentos  
Vecinos estremecer.

Y cuando acaso á escondidas  
Asomaba á una ventana,  
Via la turba profana  
Voluptuosa pasar;  
Y al brazo de los mancebos  
Con el deleite mas bellas,  
Asidas muchas doncellas  
Sonreír y platicar.

¡Oh! que seis años monótonos  
De soledad y convento,  
Habian su pensamiento  
Reducido á un punto ruin.  
A espacio tan miserable,  
A círculo tan mezquino,  
Que era el claustro su destino  
Y el altar era su fin.



"Aquí está Dios," la dijeron,  
Y ella dijo: "yo le adoro."  
"Aquí está el torno y el coro."  
Y pensó: "No hay mas allá!"  
Y sin otras ilusiones  
Que sus sueños infantiles,  
Pasaron sus seis Abriles,  
Sin conocerlo quizá.

¡Pobre tórtola enjaulada  
Dentro la jaula nacida!  
¿Qué sabe ella si hay mas vida  
Ni mas aire en que volar?  
Si no vió nunca sus plumas  
Del sol á los resplandores,  
¿Qué sabe de los colores  
Con que se puede ufanar?

Mas ¡guay que alcance á lo lejos  
Del día la lumbre pura,  
De la selva la frescura,  
Y el arrullo de su amor...  
Su nido será su cárcel,  
Su potro serán las rejas,  
Sus arrullos serán quejas,  
Y su silencio dolor!

Mas es tarde; Margarita  
En la noche solitaria  
Oyó amorosa plegaria,  
Y se despertó su afán.  
Su corazón revelóse  
Con incógnitos afectos,  
Y odió los santos preceptos  
Al recordar á don Juan.

Y confundiendo en su mente  
Sus amagos y alabanzas,  
Ya en risueñas esperanzas,  
Ya en inocente pavor,  
Contemplándose al espejo  
Con la luz de la bujía,  
Así pensaba y decía  
Margarita en su interior:

"¿Con que hay fiestas y banquetes,  
Y nocturnos galanteos,  
Y deliciosos paseos  
De esta pared mas allá?  
Con que esta toca de lana  
Cambiada en perlas y flores  
Hará mis gracias mayores  
Y mas hermosa me hará?

"¿Con que aquellas relaciones  
De encantos que yo leía,  
Y que apenas comprendía  
Ni comprendo ciertas son?  
De aquellas magas fantásticas,  
De aquellos bravos guerreros  
Y gentiles caballeros  
La historia no es ilusion?

"Y se encuentran y combaten  
Por bizarras hermosuras  
Y corren mil aventuras  
Por agradecerlas mejor;  
Y ellas viven en palacios,  
Y vagan por sus jardines,  
Y celebran con festines  
La ventura de su amor.

"¡Oh! ¿que ese hombre me lo ha dicho  
Si; sí, negros son mis ojos...  
Y esta toca me da enojos  
Y me hace fea tal vez...  
El me lo dijo ¡lisonja!  
Mas probemos, me la arranco;  
¡Oh, como el armiño blanco  
Mi pecho!... blanca mi tez!

"Blancos mis brazos redondos,  
Mis mutilados cabellos  
Son de azabache... y en ellos  
Puesta aunque mal esta flor!...  
"Cuán bien me va... ¡oh! soy hermosa...  
Y encerrada me consumo,  
Y se pierden como el humo  
Mis días de mas valor."

Así desnuda al espejo  
Presentando su hermosura  
Margarita, en su locura  
Deseó la libertad;  
Y acosada por tan varios  
Pensamientos tentadores,  
Los deleites seductores  
Amó de su vanidad.

Y desde esta triste noche  
Cabizbaja y distraída  
Sintió su fé decaída,  
Estéril su religion,  
Y allá muy lejos del claustro  
Perdido su pensamiento,  
Para huir no tuvo aliento  
La terrible tentacion.

Y pasaron muchas noches,  
Y don Juan siguió viniendo  
A la reja, y siguió oyendo  
Margarita al seductor,  
Y con las dulces promesas  
Del galán adormecida,  
Suspiró por otra vida  
De deleites y de amor.

Que era el mozo muy astuto,  
Y era muy cándida ella,  
Y era la monja muy bella  
Y el rondador muy audaz;  
Las noches eran oscuras,  
Las citas muchas y en calma,  
Y el amor prende en el alma  
Con la chispa mas fugaz.

¿Y quién esplica, aun queriendo,  
El efecto poderoso  
Con que un coloquio amoroso  
Cambia al fin un corazón?  
¿Y quién los medios esplica  
Con que nos sale al encuentro  
Un amor, que enciende dentro  
El volcan de una pasión?

¿Qué puede hacer Margarita  
Si lo ignora aunque lo siente?  
Como víctima inocente  
Ir, dejarse arrebatar;  
Hacer dentro de su pecho  
Sus creencias mil pedazos,  
Y de don Juan en los brazos  
Caer, al pié del altar.

Y cayó, que en una noche  
Por don Juan determinada  
Debia la desdichada  
Con él la fuga emprender.  
Y oyósele en la sombra  
Darse la cita postrera,  
Y acabar de esta manera  
Ya cerca de amanecer.

DON JUAN.

"No hay mas medio Margarita.

MARGARITA.

Mañana, pues.

DON JUAN.

Tanto monta  
Un día antes; estad pronta.

MARGARITA.

¿Con que á las dos?

DON JUAN.

A las dos.

MARGARITA.

Por el huerto.

DON JUAN.

Estaré á punto,  
Traeré una escala pequeña  
Y al dar las dos me hareis seña.

MARGARITA.

Y haré cuanto os plazca á vos.

DON JUAN.

Pues adios.

MARGARITA.

Idos tranquilo  
A dormir, y hasta mañana."  
Y se cerró la ventana,  
Y entró en su casa don Juan;  
Y dicen que entre la puerta  
Quedó á la reja mirando  
Su posición meditando  
Tal vez con algo de afán.

Mas al fin dijo perdiéndose  
Por una escalera estrecha,  
"Pues Señor, es cosa hecha:  
"Mas me ocurre una cuestion!  
"Dineros... ¡bah! tiene padre  
"Dentro su alcoba una arquita  
"Que há un año que la maldita  
"Me está dando tentacion.

"Con que don Juan, no hay cuidado  
"Vendrá Dios y medraremos."  
Y asiendo los dos extremos  
De la sábana á la par,  
Con un movimiento rápido  
Se hundió don Juan en su lecho,  
Y durmió tan satisfecho  
Que era cosa de envidiar.

#### IV.

¡Oh religion consoladora y bella,  
Feliz mil veces quien á tí se acoge  
Y el norte sigue de tu fija estrella,  
Y tu divina luz constante adora;  
Que en la fiera borrasca asoladora  
De esta vida de llanto y de pesares,  
Nunca extraviado perderá la huella  
Del mas allá que empieza en los altares.

Si, misteriosa religion, tú tienes  
Consuelos para el triste, y alegrías  
Para quien cuenta sus tranquilos días  
Por venturas y bienes!  
Tú tienes el azote del malvado,  
La corona del justo,  
La palma de la vírgen inocente,  
Y esperanza del náufrago postrado,  
Y ánimo del soberbio delincuente;  
Siempre se vé brillar allá en la altura  
El vivo lampo de tu lumbre pura.  
Si Jehová soberano  
Indignado recorre el mundo inicuo  
Y aparta del su poderosa mano  
Y las razas maldice,  
Torpemente mezcladas  
De su Dios y su origen olvidadas;  
Si agita sus caballos iracundos  
Y su carro de fuego airado lanza  
Por medio de los mundos,  
Y encima de las turbas insensatas  
Revienta las henchidas cataratas,  
Al justo salva, y luego  
Tornando compasivo á la bonanza,  
De su ira celestial matando el fuego  
En prenda de salud y de sosiego  
Tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Gólgota pendiente  
Tinto en su sangre con horror espira,  
A la precita gente  
Con tiernos ojos espirando mira,